Me respondió con una sonrisa perezosa que quiere decir ssssssssh con siete eses, y los ojos aún cerrados, y el sudor le escribía dos oes en los pliegues de las axilas, mira tú por dónde, eso es lo único que le gusta hacer, mojar la ropa con todos los líquidos de que es capaz.

Las lecciones se sucedían, pero también las excursiones a Scarborough los miércoles. A la hora de comer, Jimmy y yo salíamos a dar un paseo por la calle principal, apestaba a pescado frito. El mar nos seguía pero a veces cambiaba de color. Había un montón de casinos y en todos los estancos vendían revistas porno. La gente paseaba sus carnes y su alegría en sandalias de plástico, la luz se follaba el amarillo blando de sus cabellos y el rosa porcuno de su piel. Nos comprábamos unas cheeseburgers con patatas fritas y luego volvíamos a nuestra gruta.

Hacíamos sexo. Al menos dos veces seguidas. A veces tres. El resto nos importaba un bledo.

Yo escribía mis ideogramas personales sobre el tórax perfecto de Jimmy y él a veces se reía porque le hacía cosquillas. Diseminaba besos de chaval histérico por todo mi cuerpo.

Miraba las gaviotas alejarse en el cielo y convertirse en el ideograma de «ver», un cuadrado abierto del que se descuelgan dos líneas curvas. Abría las piernas y yo también era ese ideograma, y él lo escribía dentro de mi cuerpo hasta colmarme con su tinta secreta, y yo decía «Quiero hacerlo otra vez», pero el rumor de mis palabras me llegaba en sordina, detrás

Setenta acrílico treinta lana_terceras.indd 184 19/09/11 16:14

de las olas, detrás de la lluvia, ah, no había visto que llovía.

–Yo tampoco lo había visto. Sí, otra vez, tengo muchas ganas.

Luego volvíamos a la orilla como detritos que se rebelan, los pies llenos de algas y arena. Nos seguía el ruido del mar, te hacía pensar en ese instrumento tubular africano que imita el ruido de las olas, pero en Scarborough era todo lo contrario, eran las olas las que imitaban al instrumento.

Había una vez un chico y una chica, se besaban de una manera rara, como gatos, y en la radio sonaba Björk, precisamente ella, ¡cuánto tiempo sin escucharla! Me acerqué, la música se ensanchaba, los agudos descuartizaban el sonido incesante del mar, «Look at the speed out there it magnetizes me to it...».

Volvía a casa y todo era igual. En las lecciones de Wen también.

El timbre del móvil y el del horno y el del despertador pugnaban por meterse en mi cabeza cuando soñaba despierta, pero yo seguía pensando en Scarborough. En casa, por la calle, en el supermercado, en la tienda. El instante en que volvía a encontrarme con el cuerpo de Jimmy se alargaba como una goma y yo seguía desnudándolo y primero le quitaba la camiseta y luego también la piel. La retícula de su caja torácica era el ideograma de «sexo», que a la izquierda tiene la clave de «corazón» y a la derecha la de «vida».

–¿Me estás escuchando, Camelia?

–Sí, Wen.

De noche, al llegar a casa, me daba una ducha lar-

Setenta acrílico treinta lana_terceras.indd 185 19/09/11 16:14

guísima, hasta que las yemas de los dedos se convertían en papel mojado. Mi madre me miraba desde el otro lado de la mampara de la ducha.

–¿Qué haces aquí? Espera tu turno. No, hoy no te lavo, dúchate sola.

Y se metió una mano en el bolsillo del peto. Me plantó una foto en el cristal. Detrás de la superficie opaca distinguí un árbol de follaje muy tupido, y alrededor, desenfocado, un prado lleno de matorrales y luminoso.

Salí de la ducha. Ella permanecía con el brazo tendido sujetando la foto como un trofeo. Ese árbol se proyectaba hacia el cielo con una salud y una pasión increíbles. Pude ver cómo se movía. El prado desenfocado al pie del tronco era un pueblo entero que lo adoraba de rodillas ofreciéndole sacrificios humanos.

Ella me dijo la mirada *¿Por qué sacrificios humanos?*

Le arrebaté la foto de la mano sin haberme secado siquiera. Se duchó. Ese árbol era todo lo más que uno podía acercarse a la vitalidad del universo. Es increíble que un cierto número de sesentavos de segundo concedidos a la luz para que ésta entre en el objetivo, una precisa apertura de diafragma, un único gesto para el encuadre que aísla una cosa y excluye para siempre todo lo demás, hayan bastado para crear una imagen como ésa.

–¿La has sacado tú? ¿De verdad? Es Hyde Park, ¿no?

Mi madre había ido hasta Hyde Park.

Setenta acrílico treinta lana_terceras.indd 186 19/09/11 16:14

–¿De verdad que has salido de casa?

Sonrió como un ser humano. Dios tuvo que trabajar seis días para crear la belleza del cosmos. A mi madre le bastó una escapada a Hyde Park.

Como en los viejos tiempos, cuando le bastaba levantar un brazo para que todo el mundo se pusiera a tocar. Un movimiento de los dedos y el viento en la ventana sonaba *sol mi do*. Un retoque en el peinado y la nevera entonaba un *re sostenido*. Su talento inconsciente para ser la directora de orquestra de la belleza del universo. El corazón me latía fortísimo.

–¿No me dirás en serio que has ido al curso de fotografía?

Aún sonreía.

–¿Pero por qué no me has llevado contigo al parque?

Me quitó la foto de las manos.

–Mamá, por favor, ¿me escuchas?

Salió del lavabo.

Mi chino cada vez era mejor. Por eso llegó abril.

Y ahora, cualquier cosa que sucediera, homicidio o tsunami o plaga de las langostas, la habría sabido traducir al chino.

El jueves tres de abril de dos mil ocho Wen con el pelo más largo me decía «Me gustan las flores».

Yo decía «*Wo xihuan har*».

Él «Hoy soy feliz».

Yo «*Jintian wo hen gaoxing*».

Al llegar a casa encontré en el contenedor toda la ropa de mi padre, estaban todas las camisetas de los

Setenta acrílico treinta lana_terceras.indd 187 19/09/11 16:14